

honor; la Historia pone en manos de un rey egoísta la misión de aporrear a Falstaff. La inteligencia no salva.

La cornucopia que ofrece *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* tiene su centro en la inmortal pareja del caballero andante y su escudero. Hemos aludido al habla de Sancho como expresiva de un aldeano rústico y sin letras que, no obstante, emplea los más auténticos acentos españoles en una sintaxis apta, con soltura y gracejo que esplenden porque transparentan las visagras de su pensamiento, las articulaciones y coyunturas de su razonar elemental, muchas veces sabio y profundo. El realismo medular de este habla deja muy mal parado ese otro realismo literal de estos últimos dos siglos, en particular el XX, que procura reproducir el habla según región, edad, sexo, sector de empleo o desempleo, status socio-económico: las vinculaciones del habla con razones psicológicas o biológicas sobre todo, de diferencias clasistas (verbigracia, la gaguera del señor Grandet). El habla de Sancho (y, por supuesto el de Quijote) imita el alma, el ser que se quiere ser, o con el que se está fundamentalmente de acuerdo en ser, y que se está siendo. Esta mimesis se va componiendo de muchos modos; el balbuceo de Sancho disminuye imperceptiblemente a medida que su inteligencia va recibiendo la medicina de amor que le eleva, le fortifica, le esclarece y le refrenda su manera de vivir. *Con Falstaff* reímos y somos cómplices de su risa; *no* reímos *con* Sancho, pero tampoco nos reímos *de* él; reímos de gozo y de contento y de salud con una carcajada que ve a Sancho poner las cosas en su lugar. Lo que llamo «imitación del alma» de Sancho es la manera difusa, implícita, soterrada, con que va haciendo a Quijote entrega de su corazón y se van despejando en u cerebro las brumas de quien, sin ser torpe, no había sido nunca antes entrenado a pensar más que en los menesteres domésticos de la supervivencia. No se explica una cómo el guasón más formidable de la lengua española ha sabido arropar su descomunal socarra en tan tenue velo de dulzura, tan tibio claroscuro, tan suave relente. No quiero, no deseo, no lo haré nunca, ver a D. Quijote ni a Sancho en la pantalla, ni en el teatro, ni en la plástica; quiero tan sólo oír sus voces: las voces mentales *de la escritura*. No quiero ver, en imagen, su piel curtida o su barba espesa, o su protuberante vientre, o su mirar inquisitivo, a veces de alguna sorna; quiero oírlo *en mi mente* echar pie a tierra con algún refrán «a punto». Me refiero también a sus voces *en sus propias mentes*; cómo contestan el uno al otro, cómo se escuchan mutuamente, qué piensa uno de lo que el otro dice, cuánto dudan, qué desean contestar, cómo arguyen en sus mentes e intentar asentir o refutar; cómo acceden con ternura al argumento del otro. Los oigo, sí, en mi mente, pero también en las mentes de ellos mismos, y a eso llamo imitación del alma. Y ante tal pro-

digio, se me hace pequeña la proeza de Mark Twain dominando cinco dialectos en su *Huckleberry Finn*, y toda la muy realista reproducción de jergas y hablas dialectales más recientes. Sé muy bien que el escritor moderno es respetable y busca al Hombre dentro, y por debajo, del hombre de esas jergas, pero ante mí esplende la hazaña de la desnuda pintura del alma en esta jornada irreplicable del espíritu. Oyendo en la escritura a D. Quijote y a Sancho, quiero, como Vallejo, ser buena. Mientras los leo, soy buena. Y vierto una lágrima por Falstaff, que se autodescalifica picando espuelas hacia Londres, porque la Historia lo ciñe con apretura.

Quiero apelar a la buena memoria del lector, refiriéndole a los pasajes de Clavileño y de la ínsula de Barataria. Este último concentra la sustancia del alma superior de Sancho a que he estado aludiendo; el de Clavileño, que tiene lugar hacia el final de la Segunda Parte de la novela, me parece que desmiente la tesis de la qui jotización de Sancho.

Bien es cierto que en toda buena novela los personajes describen un periplo espiritual. Gracias a ese gran edificador que es D. Quijote, Sancho ha descubierto estancias espirituales, ha hollado nuevos recintos, pero su trayectoria, nos parece, es un caminar hacia sí mismo. Sancho ha amenizado su cuarto de hora sobre la tierra, pero regresa al terruño en perfecta reconciliación consigo mismo y con su destino. El amor al Bien, sustancia de Sancho desde el principio, es lo que reencuentro en D. Quijote; éste le ha suministrado su fundamentación; en D. Quijote Sancho se encuentra a sí mismo, camina hacia sí mismo. El pasaje que resplandece en mi memoria comienza:

—«Señor, si vuestra merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí lo suelto; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duermen, todos son iguales, los grandes y los menores...»

Y sobre la qui jotización de Sancho hacia el final de la novela dirijo la atención del lector hacia el diálogo delicioso que pasa entre la duquesa y Sancho cuando ella le pregunta sobre cómo le fue en el viaje sobre Clavileño. Es concluyente: Sancho se burla de la burla de que es objeto y es evidente que no se ha desentendido de la realidad. El mismo pasaje de Clavileño desmiente el otro aspecto de la «qui jotización»: las ínfulas heroicas. Para refutarlas, baste leer con nosotros:

—Aquí yo no subo —dijo Sancho—, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.

Cervantes evita adrede contarnos la deliciosa entrevista que debe de haber pasado entre Sancho y Quijote en vísperas de la segunda salida y la narra sucintamente. ¿Qué instinto certero indujo a Quijote a tomar a Sancho por escudero?, ¿qué fogonazo de sabiduría guió sus pasos hacia su rústico vecino? ¿Y por qué Sancho aceptó tan de buena a primeras?, ¿acaso no había consideraciones familiares que hacer, hijos que cuidar, mujer que atender; fanegas que ahechar? ¿Un tozudo, con su rutina, sus alpargatas, su pericia en el zapateo...! ¿Qué contaminación tuvo allí lugar... si eso es lo que fue? Cervantes supo que reproducir esa entrevista pondría el relato en precario, pues pasar a la pluma las razones de Quijote significaría desafiar *ante nosotros* el aplastante sentido común de Sancho, mas explicitar el porqué del triunfo de las razones de Quijote implicaría colocar un acento inmoderado en lo que el relato debe velarnos, es decir, el ángulo desde el cual Sancho acepta la aventura demencial. *Y que es el ángulo real*. La proposición de Quijote era todo menos cuerda; si se nos hubiere relatado hubiera sido obligado dejarnos ver que Sancho la percibía como demencial. *Lo cual no percibió*. La única manera de decir, mas de no subrayar que, demencial y todo, Sancho lo aceptó, era ésa; no decir nada. Inepta, pero sublimemente, en su fuero interno, Sancho aborrece la injusticia tanto como Quijote. Y acepta. Es una pincelada, una omisión, de mano maestra, un milagro del Arte, el referirse de corrido, en tono menor y como de pasada, a la visita en que Quijote «reclutó» a Sancho. ¡El asnalmente sensato Sancho: sublimemente de acuerdo en compartir una aventura sin juicio!

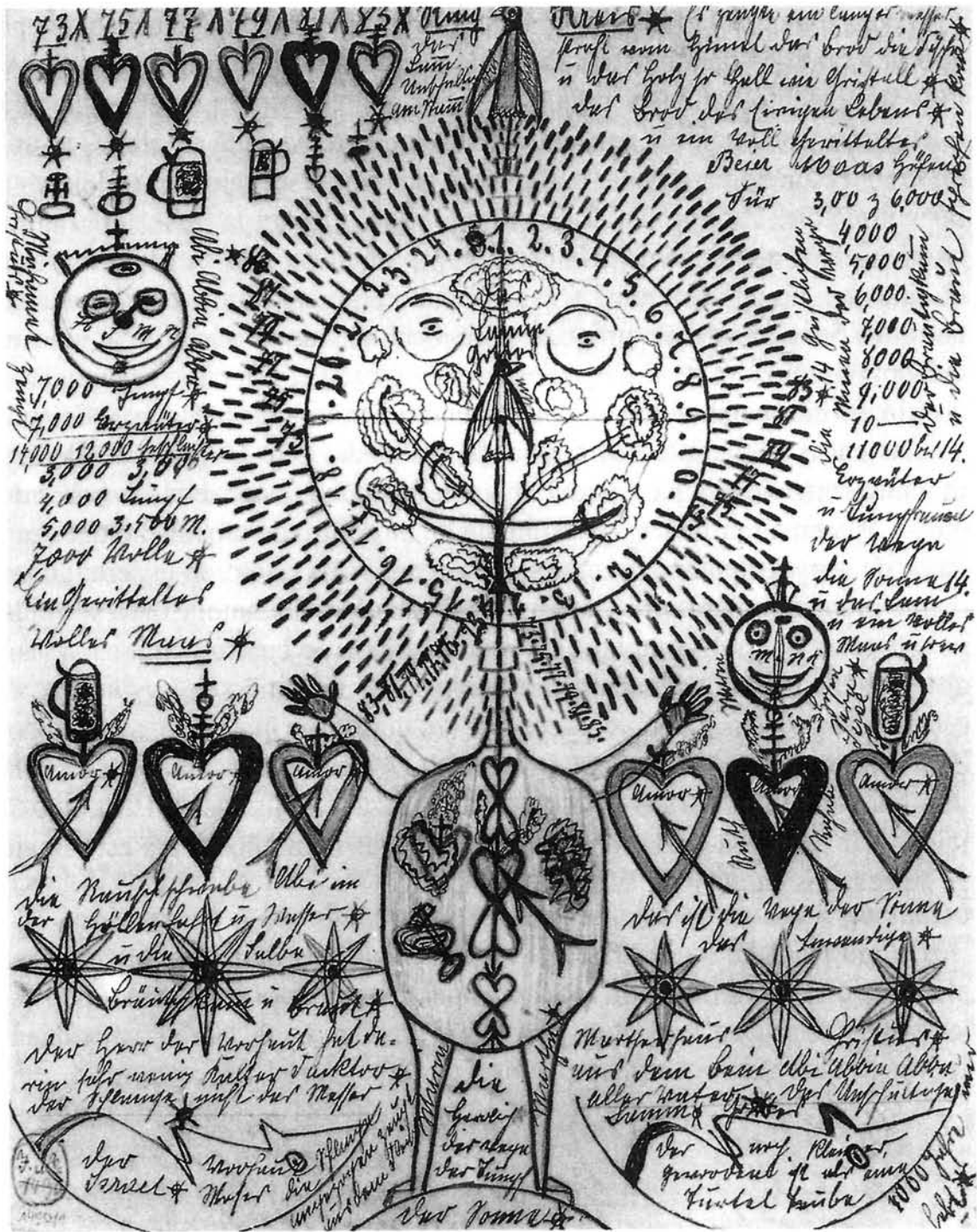
Y con respecto a don Quijote, diría yo que quiso enloquecer, que quiso ser loco, de puro entender que no había otra manera de desfacer entuertos. Lo que llamo estar loco, rematadamente loco, don Quijote lo está sólo a la manera de Hamlet. A su manera, y dentro de una zona oscura de su mente, que –de nuevo, por la magia de su arte, Cervantes, por fortuna, mantiene inexpugnable para el lector– Quijote está loco (como Hamlet) sólo «del nornoroeste» (¡si estiramos un tanto la Rosa de los Vientos!). Sobre este punto arrojará mucha luz si prestamos atención al capítulo XXXI de la Primera Parte, cuando Sancho regresa después de haber entregado a Dulcinea la carta de su caballero y que concluye, diáfananamente, de este modo:

–Y bien, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviarlo al molino:
¿Qué hizo cuando leyó la carta?

En recóndito resquicio de su mente, Quijote sabe que Dulcinea es Aldonza Lorenzo.

«Ríe, ríe, que la risa es propia del hombre», decía Rabelais. Shakespeare y Cervantes supieron proporcionarnos este rango de experiencia.

Shakespeare creó a Falstaff para que fuera el hilarante amanuense de una época, y también para mostrar en su pleno zafarrancho el fulgor de su ingenio. Tristemente, también, para evidenciar que el hombre se objetiviza en la Historia y su vuelo de pensamiento no le lleva más allá de ella. Cervantes creó a Sancho para ponerle al pueblo español un espejo que reflejara su ser entrañable. Para propiciar que don Quijote glosara la belleza del alma humana en lo que tiene de más excelso, y para llevar a la escritura literaria el quiasma, no entre el ideal y la aplastante realidad; tampoco el quiasma entre un Sancho que se qui jotiza y un Quijote que se sanchifica, sino el quiasma tremulante que *siempre* estuvo ahí, desde el principio mismo de la novela, la interpenetración –el pasaje comunicante– de esencias y de sustancias entre un Quijote que conoce la realidad y otro Quijote que decide desentenderse de ella para poder acometerla –como si tuviera dos pares de ojos–; así como también el quiasma que se da dentro de un Sancho que, aun antes de ser «reclutado», aguarda ese destino, está como en espera, altamente preparado para ser escudero de tal caballero andante. Como se ve, la novela tenía que ser compleja; es la encrucijada de cuatro caminos. Y así, el caballero más condenadamente loco, posee un guiño de cordura, y el escudero más sensatamente cuerdo se adhiere a un proyecto arrebatado. Este es el quiasma, Entrambos inventaron el cariño; entrambos tejieron la ternura; entrambos partearon el genio de la raza; entrambos enristraron una misma lanza con la cual embistieron a nuestros demonios. Para este linaje de fracasados cantó Walt Whitman su Canto.



J. Knüpfen: *Cordero de Dios*. Foto: Colección Prinzhorn, Heidelberg.